

La flecha del tiempo

> Andrea Estrada

El otro día, así de repente, se me ocurrió pensar que el dicho “El tiempo todo lo cura y todo lo muda” era hasta cierto punto acertado. Y digo hasta cierto punto, porque creo que más que curar, el tiempo cubre los recuerdos como el contac transparente que usábamos para forrar los cuadernos de nuestros hijos, antes de que ya vinieran plastificados, claro. Pero para ser sincera, el pensamiento no me vino tan de repente, sino que brotó de mis elucubraciones sobre la memoria colectiva de los argentinos.

Resulta que en nuestro país, el paso del tiempo provoca efectos corruptores que hacen, por ejemplo, que el pasado irrumpa en nuestras vidas sin vestigios, transmutado a tal punto, que los que antes eran malos, resultan bondades supremas, y los que uno creía que eran o hicieron algo bueno son juzgados desde un presente descontextualizado que le niega al recuerdo toda posibilidad de objetividad.

Y fue ese mismo día en el que me acordé de San Agustín, quien hablando de las tres dimensiones del tiempo, explica que el pasado y el futuro no son nada, uno porque ya pasó y el otro porque todavía no llegó, y que el presente tampoco es nada ya que consiste en dejar de ser.

Y entonces me di cuenta con gran alivio de dos cosas: primero que no hay dudas de que San Agustín ya se había avivado de que el tiempo suele distorsionar la percepción de los recuerdos, y segundo, que la culpa de la “memoria sin memoria” que padecemos los argentinos la tiene exclusivamente el tiempo: ese presente inasible que consiste en dejar de ser para transformarse en una mera frontera entre el pasado y el futuro y que, como nos perturba tanto, al final provoca que no sepamos con claridad de dónde venimos ni hacia dónde vamos. ▼

> La autora es doctora en Lingüística